

Tales son los motivos de la bendicion que vámos á dar; tales son las ventajas que deben resultar. Sin embargo, el bien no podrá ha-

de la infancia, tanto malo cómo puede enseñar una larga vida criminal. — Por ultimo, frente á frente de la sociedad, la insubordinacion, bajo todas sus formas, es el más santo de los deberes; la sociedad es una enemiga de la cuál cada fracaso es una ganancia para el trabajador. La guerra está abiertamente declarada. Habia un dia una reunion electoral en un taller: un orador se levanta y propone un candidato. «¿Cuáles son sus títulos?» se pregunta de todas partes. «Se há atrevido á robar 200 francos á su patron, y há sido bastante habil para évitár la carcel! Hé aquí un hombre como conviene para defender los intereses del obrero!» Y el nombre fué inscrito en la lista electoral. — Después de haber hablado como los demás, es preciso obrar como ellos, y aquí, me permitiréis detener mi doloroso relato. No diré nada tampoco del aumento de crímenes producido por la accion de contra-maestros corrompidos, y algunas veces atizada por una influencia más elevada todavía. — Hé aquí el mundo en donde es preciso que se amolden las pobres familias sepultadas en la fabrica. No créais que no haya muchas protestas secretas, pero se las rechaza con cuidado, y si, por la noche, en el hogar domestico, el padre dice alguna palabra, no es más que temblando, porque las paredes oyen, y desgraciado el que se atreviera á defender la honradez. Es un adulador, un soplón, un traidor y entonces principia una serie de represiones cruéles que la ley no alcanza, que el patron indiferente tolera cobardemente, y que entregan al honrado obrero á un verdadero martirio. — Pobres amadisimos hijos, que la Iglesia protegía con tanta solicitud, ¿qué habeis llegado á ser entre las manos de los falsos doctores? Ellos os han prometido todos los bienes. Como dignos hijos del demonio, os han dicho: Oidnos, y seréis dioses. Crédulos como nuestros primeros padres, cómo ellos habeis sido engañados. Han proclamado el derecho al trabajo, y os han rehusado el derecho al descanso, os han prometido la emancipacion y la dicha, y os han dado la peor de las esclavitudes, la esclavitud de las almas, que acabamos de pintaros, y, por encima de todo, la ruina y la desgracia! — Muchisimos han contemplado estos grandes desastres, sondeado estas llagas profundas, y se han sentado desanimados, no queriendo emprender nada para curar males que juzgaban incur-

cerse sin nosotros. Dios nos há dotado del privilegio de la libertad, para que el bien que su gracia réaliza en nosotros y por nosotros, fuése también nuestra obra. Pero resulta de ahí que, si no queremos coóperar á su gracia, el bien que ella debia hacer no

bles. Otros se han acordado que la sangre de Jesucristo Obrero cae también sobre nuestros talleres para curar las enfermedades y resucitar los muertos. Han llamado á la Iglesia, y la Iglesia há acudido; ella há cogido á los pobres obreros en el estado que hémos dicho, y há hecho de ellos una familia de cristianos, por asociaciones catolicas solidamente establecidas, ella há formado centros de resistencia contra la tirania del respeto humano. El primer nucleo, compuesto de caracteres resueltos, se há afirmado en el bien, poco á poco se há aumentado, después há levantado la cabeza, y, por ultimo, cuando há sido bastante numeroso, há plantado el estandarte de la cruz, y ése dia há tenido la victoria. Ah! cómo son bellos y centellantes de esperanza los primeros frutos de estas asociaciones! A medida que las cadenas del respeto humano eran menos pasadas, véiase surgir nobles aspiraciones. Aliviadas del peso que las oprimia, las conciencias respiran más libremente. Muy pronto la alegría del alma libertada se reflejaba en los obreros y de estos con sus patronos. Se aprendía á amarse; las visitas mismas, transformadas por el cambio del corazón, respiran esta simpatía franca, tan natural en el obrero sencillo y honrado. Preciso es reconocer que el obrero de fabrica está más oprimido que corrompido, y que, en sus vicios, hay más debilidad é ignorancia que malicia. — Si, la ignorancia y la debilidad, hé aquí las dos grandes plagas sociales. Todo el mundo lo reconoce. Así háse agitado bajo todas las formas la solucion de estos dos origenes del malestar general. Cuántos sistemas insensatos han sido ensayados para curarlas! Háse hablado bastante en estos últimos tiempos de instruccion, de reuniones, de inteligencias, de derechos, del mejoramiento de suerte! todas cosas legítimas, pero que no se puede alcanzar sin Dios. De hecho, el mal se há aumentado y el obrero es más desgraciado. Siendo Dios el solo principio de la felicidad temporal así como de la felicidad espiritual, es necesario que el hombre vuelva aprender sus deberes con Dios. Esta instruccion es la sola que le dará el poder de llegar á ser dichoso. (L. Hamel, industrial de Val-des-Bois, Informe leído en'el Congreso catolico de Lyon, en 1874.)

se ejecuta. Es lo que sucede con demasiada frecuencia. Ciertamente, cuando Nuestro Señor vino á la tierra, la gracia no faltó á los Judíos para convertirse; pero ellos resistieron obstinadamente á todos los avances que les hizo el Salvador y á todos los llamamientos que les dirigió, y así no participaron de la redencion. Aunque la bendicion que vámos á dár á esta fabrica tenga el poder de producir los efectos de que acabo de hablar, no los producirá sin embargo más que si unís vuestra accion á la suya ¹. — ¿Qué teneis que hacer para esto? Es de lo que me queda por hablaros, exponiendoós las

II. — *Condiciones á observar.* — Entre estas condiciones, las unas interesan á los patronos, las otras importan á los obreros.

La primera condicion á observar por un patron, para que la bendicion dada á su fabrica produzca sus preciosos efectos, es la practica de una escrupulosa justicia. Frecuentemente, los obreros

1. Sed non semper, inquires, effectum sortiuntur (benedictiones). Respondemus, verum id esse, quia sacramentalia ista non habent vim ex pacto Dei expresso, sicut habent sacramenta; sed ex precibus Ecclesie et devotione utentium, quemadmodum et ipsæ preces non semper obtinent, quod potunt, variis de causis. Cur autem non semper effectum suum producant? Causa prima est, peccatum utentium... Secunda causa est, modica fides et exiguus honor, qui sacris illis rebus impenditur. Quemadmodum enim Christus, in patria sua, non fecit virtutes multas propter incredulitatem illorum, Matth. XIII, ita si benedictiones et res benedictas in postremis ducamus et exiguo honore dignemur, mirum non est, si earum virtutem non experiamur. Non honorabant illi Christum, sed spernebant; quod etiamnum rebus sacris faciunt non pauci... Tertia, majus bonum utentium, quando scilicet non prodest eis liberari, vel præservari a morbo similive plaga... Quarta, ne propter hoc religio quærat... Respondemus, deinde, multa etiam nostro ævo mira multis contingere beneficio rerum benedictarum, sed non innotescere nisi paucis; eo quod minus sedulo vel observentur et æstimentur, vel propalentur ac divulgentur (FABER, *Op. conc. in festo s. Joan. evang. conc. 6, n. 4*).

se quejan con este motivo, y no es siempre con razon, como no es tampoco siempre con injusticia. Es preciso que el patron se aplique á ser justo en todo, cómo conviene á cristianos, porque los intereses del obrero son sagrados igualmente que los del patron. Es necesario que se aplique á ser justo, no digo á los ojos de todos sus obreros, porque los habrá siempre que se quejarán, sino á los ojos de Dios, que vé las cosas como son verdaderamente.

Justo en los salarios. Hay patronos que ciertamente abusan de la situacion de los obreros, obligados como están, para vivir y para dar pan á su familia, á trabajar á cualquier precio que sea. Es ésa una irritante injusticia, muy propia para alejar las bendiciones de Dios y atraer, por el contrario, sus maldiciones y sus castigos. Es ésa una verdadera usura, y una usura de una malignidad muy particular; porque del mismo modo que el usurero se aprovecha de la necesidad en que se encuentra el que pide prestado, para imponerle un interés exagerado, de igual manera el patron se aprovecha de la necesidad en que se encuentra el trabajador, para no ofrecerle más que un salario inferior al que debería dárle. Para establecer sus precios, el patron no debe mirar unicamente á la necesidad en que están los obreros de trabajar, y rebajar el salario mientras lo acepten. Debe dárse cuenta del beneficio que le procura el trabajo de estos, calcular todas las probabilidades de colocarse, y fijar los salarios en consecuencia. No debe dar más que no conviene, esto seria su ruina y la de los obreros; pero no debe tampoco dar menos, porque seria retener el bien ageno.

Justo en la fijacion del salario, el patron debe sérlo tambien en la suma de trabajo que exija á sus obreros. Es otro abuso que se comete tambien muy frecuentemente. Para algunos patronos, el obrero no es un hombre, sino maquina. No se atiende á su salud, ni á su vida. Con tál de que produzca mucho, es todo lo que se le pide. Despues de esto, que caiga enfermo ó que muera joven todavia, no se préocupa de ello. Se le remplaza con otros, que se trata del mismo modo, y se hace así grandes fortunas. No es yá aqui un

genero de usura, como decia con motivo del salario, sino que es un genero de homicidio y de muerte, que la ley no castiga, pero que Dios no puede dejar de horrorizarse. Es un crimen mucho mayor que el de dár un salario insuficiente; porque, en este ultimo caso, se retiene solamente el bien ajeno, segun hémos dicho; mientras que imponiendo á los obreros un trabajo exajerado, se les quita la vida, que es el primero y el mayor de todos los bienes. Jamás un patron cristiano se hará culpable de semejantes excesos, los obreros que me oyen pueden creerme; su primer cuidado será siempre, lo hé dicho, ser escrupulosamente justo en todo lo que hará.

El patron cristiano, que quiere que la bendicion de la Iglesia caiga con abundancia y continuidad sobre su fabrica, no se contentará con ser justo con sus obreros, será caritativo con ellos, es decir, que los amará. Su caridad se manifestará desde luego por el respeto. Mientras que, en otras partes, no se tiene ninguna consideracion por el obrero, y que con frecuencia se le menosprecia; el patron cristiano tendrá las mismas atenciones que por las demás personas, acordándose que es hombre cómo él, que há sido criado por Dios, restacado por Jesucristo, y que está llamado á poseer un dia el cielo como él mismo. Por consiguiente, jamás le tratará con altivéz, ni se permitirá palabras duras, sinó que siempre y en todo será atento y respetuoso ¹.

1. El superior debe hacer respetar la autoridad en su persona, pero no se sigue que pueda beneficiarse de todo lo que es debido á la autoridad; y tambien, muy lejos de hacer servir esta para sus intereses personales, debe consagrar y sacrificar su persona á los intereses de la autoridad. Y, de hecho, si el superior se envaneciera de si mismo, entonces demasiado cuidadoso de sus derechos y olvidadizo de los de los demás, no poseeria ése espíritu de imparcialidad y de rectitud que quiere el bien de todos, se creeria que le eran debidas toda clase de atenciones, de privilegios y de consideraciones onerosas ó serviles; pretensiones que no podrian más que hacer odiosa la autoridad. Al paso que si el superior se eclipsa personalmente para poner mejor de relieve los gran-

Al respeto, él agregará el interés. Es decir, que les testimoniará benevolencia, que se informará con discrecion del estado de sus asuntos, de la salud de sus padres é hijos, que se alegrará de cuanto bien les venga, y participará de sus penas. En una palabra, los tratará como si fueran de su propia familia.

El patron cristiano hará todavía más: hará á sus obreros todo el bien que le será posible. Les inspirará el espíritu de economía, y organizará entre ellos sociedades de socorros mutuos y cajas de prevision, ayudando en la medida posible con su persona y su bolsillo ¹. Cuidará tambien, si puede, de completar su instruccion

des principios de probidad, de justicia y de bien publico, la obediencia y el respeto son entonces faciles, y no suponen ningun servilismo. En semejante caso, el inferior se siente elevado y ennoblecido, porque no es delante de égoistas y mezquinas exigencias, sino delante de la voluntad de Dios que se dobla; y el hombre de autoridad, lejos de perder de su prestigio, es grande como Dios, y solamente entonces es la verdadera imagen. (El abate Poiret, *Relaciones entre amos y criados*, ap. *Semana del Clero*, tomo 12, p. 502).

1. ¿Há conseguido la industria la difusion del bienestar? Seguramente, si tál fuera su gloria, la Iglesia se alegraria. Madre del pueblo y del pobre, la Iglesia pide con instancia para ellos el pan de cada dia; con más seguridad y facilidad lo tendrán, más satisfecha estará su ternura. Pero la industria no há encontrado todavía el secreto de responder completamente á estos deséos. Por el contrario, ¿no esen los centros industriales, en donde ella encuentra habitualmente mayor miseria? ¿Qué causa se debe asignar á este fenomeno? ¿Es porque en medio de las máquinas, se há encontrado el secreto de pasarse sin necesitar de los brazos del hombre y condenarle á no poder ganar su vida? ¿Es porque las suspensiones del trabajo demasiado frecuentes le hacen gastar durante la paralización más de lo que gana durante los momentos de actividad? ¿Es, por ultimo, porque es imprevisor, y que, en lugar de pensar en hacer economias cuando el dinero afluye á sus manos, lo consume ciegamente en satisfacer gustos frivolos, una vanidad miserable ó groseras pasiones? A cualquier principio que sea preciso referirla para tener la explicacion, la presencia por lo menos intermitente del paupe-

proporcionandoles maestros. Pero, por encima de todo, velará por sus almas, de las cuáles es responsable en cierta medida. Para esto, cuidará de que toda ocasion de escandalo sea rigurosamente proscrita de su fabrica, que los espíritus impíos ó echados á perder sean excluidos, que Dios sea respetado, y que todos puedan servirle con toda libertad y honor, sin tener que temer las in-

rismo en las grandes aglomeraciones industriales es un hecho innegable. En algunos momentos, todo parece prosperar ; pero, en el dia inmediato, todo es angustia y dolor. En la cuspide están quizás las riquezas y una opulencia colosal ; en lo bajo está la doble tortura de la indigencia y del hambre. Los dos extremos más opuestos se tocan, y por efecto de esta aproximacion ó mejor de este contraste, los sufrimientos del pobre son tanto más crueles, cuánto que la fortuna de su amo le domina de más cerca y de más alto. Es lo que se vé con triste evidencia en Inglaterra ; es lo que ya principia á verse en otras naciones, y si la industria continua creciendo y agrandandose sin estar vivificada por el espíritu cristiano, no dejaremos de ser invadidos por esas oposiciones monstruosas, que dividen la sociedad en dos grandes partes y que no conocen casi intermediarios : los que poseen todo y los que no poseen nada. — Y lo que hay de más triste, es que en el seno de la atmosfera industrial, la caridad se apaga, ó porque el égoísmo del rico lo rechaza, ó porque el orgullo del pobre se ofende. Aquel frecuentemente no tiene entrañas y no sabe hacer limosna ; este pretende tener derechos sagrados al trabajo, y rechaza como un insulto la asistencia que le es ofrecida. El primero es un cielo de bronce que no deja nunca caer una gota de lluvia ; el segundo es como una flor que se cae, por no recoger gota alguna de rocío. Y como no es por su barbara insensibilidad que el rico hará desaparecer al pobre, forzará á la sociedad á desembarazarlo, aunque debiese, en caso de necesidad, de tratarlo como una especie de malhechor. Como á su vez, por estar encerrado el pobre no dejará de ser altivo y muy poseido de si, sobrellevará dolorosamente las cadenas benéficas á que lo habrá condenado la filantropía social. Hace tiempo que tenemos á la vista este aflictivo espectáculo. No es que no se halle excepciones ; pero la situacion general es la que acabamos de indicar. (Mgr. Plantier, loc. cit.)

comodidades de los subalternos y las burlas de los débiles¹.

Hé ahí lo que hará el patron cristiano ; hé ahí por lo menos lo que debe hacer. Si no lo hace, no es cristiano, y la bendicion de su fabrica será sin eficacia. Pero si lo hace, habrá realizado las condiciones que le interesan, para que esta bendicion obtenga todo su efecto ; y la obtendrá infaliblemente, si los obreros cumplen del mismo modo las condiciones que les conciernen.

¿ Cuáles son estas condiciones ?

Desde luego, el obrero no está menos obligado á la justicia que el patron. Por consiguiente, si este es censurable cuando no dá al obrero más que un salario insuficiente, el obrero lo es igualmente cuando reclama un salario exagerado. Debe comprender que el patron tiene cargas considerables y gastos imprevistos muy importantes. Es unas veces una maquina que se rompe y que es necesario reparar, otras veces primeras materias que se alteran y que están perdidas é inservibles. No es esto todo. Es preciso que el patron luche contra la terrible concurrencia, y que venda sus productos lo menos caro posible, si no quiere que se los dejen. En esta situacion, es preciso que el obrero se contente con un salario

1. Es sobre todo cuando vuestras manufacturas y talleres ocupan jovenes, que vuestra circunspeccion debe tener más rigor y delicadeza ; precisamente son más débiles, vuestra solicitud debe extenderse sobre ellas con más cuidados como un escudo tutelar. Un gran numero de industriales, para cumplir mejor con este deber, han llamado á sus talleres y fabricas comunidades religiosas ; las obreras estan colocadas bajo la direccion inmediata de estas santas religiosas, y gracias á la dulce autoridad que ejercen estas, aquellas andan con tanto orden y perfeccion cómo si fueran religiosas. La fabrica se asemeja á un monasterio. Hay horas para la oracion, una parte del tiempo para el silencio, y momentos destinados al canto. De la piédad se desprende la exactitud en el trabajo y la mayor probidad, y el que protege la virtud se encuentra asi recompensado de los sacrificios por los cuáles afianza la seguridad. Es necesario inspirarse en este mismo espíritu, y hacer reinar en toda aglomeracion de personas una disciplina tan religiosa y

modico, ó sino pondrá al patron en la necesidad de cerrar su fabrica. ¿Qué sucederá entonces? Que el patron, que habia puesto toda su fortuna en su empresa, se encontrará arruinado, asi como toda su familia; y los mismos obreros se verán de pronto reducidos á la miseria, juntamente con sus familias. Este crimen abominable es sobre todo el hecho de ésos obreros, con frecuencia tan poco trabajadores como muy bebedores, que fraguan entre ellos la manera de hacer aumentar los salarios, y obligan por la fuerza y otros medios, á los obreros más laboriosos y más formales, á unirse á ellos, y á abandonar el trabajo hasta que hayan obtenido lo que piden. Lo repito es una criminal injusticia. Y si el patron que no dá á sus obreros un justo salario es comparado con el usurero que retiene el bien ageno, los obreros que fuerzan á un patron á pagarles un salario exagerado, son comparables á los salteadores de caminos, que desbalijan á los pasajeros. Luego, los obreros deben tambien ser justos respecto de los patronos, no forzándoles á dar salarios exagerados.

Deben ser justos, además, haciendo lo que se han comprometido. El patron dá su dinero, el obrero debe dar su tiempo. Si este, en lugar de trabajar durante el tiempo convenido, lo pierde y no hace nada, lesiona y perjudica á su patron cuando recibe su salario íntegramente. Lesiona y perjudica á su patron, cuando, sin suspender precisamente su obra, no trabaja más que con negligencia y abandono; porque, en este caso tambien, no produce lo que el patron tiene derecho á recibir, y que paga. Por ultimo, el obrero lesiona y perjudica tambien á su amo cuando, aun empleando bien todo su tiempo, no se aplica hacer la obra como debe ser. Una obra mal hecha no vale lo que una buena, y es para hacerla bien que se paga. Además, la obra mal hecha perjudica al renombre del establecimiento, desprecia la que está

tán moral, que en lugar de ser una piedra de escandalo y de ruína para las poblaciones, por el contrario, séan un principio de edificacion y un centro de vida cristina. (Mgr. Plantier, loc. cit.)

bien, y causa así doble perjuicio al patron. Pero, de que estos están obligados á respetar á sus obreros, no se sigue que, bajo pretexto de no herirlos en nada, deben cerrar los ojos sobre faltas y desordenes que, por el contrario, estan obligados advertir, á reprender y á castigar. Y aun supuesto que los obreros séan irreprochables en todo, no les está menos prohibido juzgar á sus patronos, criticarlos, censurarlos y menospreciarlos entre ellos, sea claramente, ó por detrás. Menospreciando á vuestros patronos, os envileceís; pero respetándolos, os engrandeceís, sobre todo si vuestros respetos se dirigen á la autoridad divina de la cuál son los representantes.

Por ultimo, al deber para el patron de ser caritativo y benefico con sus obreros, corresponde á estos el de ser reconocidos y afectuosos con áquel. No siendo negable aqui el deber del patron, puesto que está altamente proclamado por el apostol San Pablo ¹, tampoco podrá serlo el de los obreros. Nó, no se puede admitir que el patron esté obligado hacer el bien á sus obreros, y, al mismo tiempo, declarar que estos no lo estén al reconocimiento. Obreros, que me escucháis, debeis ser reconocidos á vuestros patronos del bien que os hacen. Y aunque para ellos no sea más que un deber de caridad el hacerlos el bien, para vosotros es tambien un deber de justicia sérles reconocidos ². Todavía una vez más, debeis sérles reconocidos y afectuosos. Aquel solo tiene el derecho á guardar su reconocimiento, que no acepta el beneficio. Pero el que no acepta el beneficio ofrecido para no tener que dar su reconocimiento, ése obedece á un orgullo muy culpable, y es necesario desconfiar,

1. Si quis suorum, et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior (I. Tim. v, 8).

2. Officia etiam fera sentiunt, nec ullum tam immansuetum animal est, quod non mitiget cura, et in amorem sui vertat; leonum ora a magistris impune tractantur, elephantorum feritatem usque in servile obsequium demeretur cibus, adeoque extra intellectum, et aestimationem beneficii sunt posita, assiduitas meriti pertinacis evincit (SENEC. De Benef. lib. 1, c. 2).

porque no hay mal que este orgullo no pueda hacerle cometer. En cuánto á vosotros, no séais este orgulloso fanático, y que el reconocimiento no pese á vuestros corazones. Porque no honra menos al que lo recibe que al que lo motiva. Es el sentimiento que todos los hombres deben tener para su Dios. El que no lo siente, el que no lo testimonia, es censurado con el nombre de ingrato. Testimoniad á vuestro patron vuestro reconocimiento mostrándole buenas caras, fisonomias felices por verle. Testimoniádselo agradeciéndole sus miras beneficas, asociandoos á sus esfuerzos, secundandolos y asegurandoles el exito. Testimoniádselo uniendooos á su establecimiento, tomando á pecho el crearle un buen renombre en todas partes en que se hablará de él. Que el honor de la casa os sea tan querido como al mismo patron. Así, al cumplir con vuestro deber de reconocimiento, trabajaréis tambien en vuestro provecho, porque os atraeréis la estimación y la consideración de todos ¹.

1. Buenos obreros, de los cuales la industria hace sus instrumentos y sus auxiliares, no dejéis llegar hasta vosotros los males por los que ella há contrabalanceado con demasiada frecuencia las ventajas materiales que trae y proporciona. Huid siempre del espíritu de irreligion que há desencadenado en las poblaciones dedicadas á sus rudos trabajos. Huid de los desbordamientos y de las verguenzas paganas, por las que há comprometido tantos establecimientos, deshonrado tantas familias y pervertido tantas provincias. Huid de las necesidades artificiales que hace aparecer, y que, muy lejos de ser un *progreso*, no son más que los abismos devoradores, á donde ván á hundirse á la vez el fruto de vuestros sudores y vuestra dicha domestica. Huid, por ultimo, de este espíritu de envidia, de odio y de insubordinación que doctrinas tan impías como absurdas han despertado en las clases laboriosas y que, empujandolas á la destruccion de la jerarquia social, no há producido otro resultado más que agravar el peso y la amargura de su destino. No es de las agitaciones de la anarquia que podeis esperar el mejoramiento de vuestra suerte; no harán más que hacerla más pesada. La religion sola aligerará el peso, porque sola ella tendrá el secreto de dar buenos sentimientos al corazon de vuestros amos, y de enseñaros eficazmente

Conclusion. — Y ahora me reasumo y concluyo. Os hé dicho, cristianos, hermanos míos, por qué motivos vámos á bendecir esta fabrica, á saber, por un lado para lanzar al demonio, y con él todos los males, y por otro para atraer todos los favores del cielo. Os hé hecho conocer enseguida con qué condicion esta bendicion obtendria plenamente su efecto; á saber, con la condicion de que patronos y obreros cumplan escrupulosamente con todos sus deberes reciprocos, deberes de justicia y de caridad de parte de los patronos, deberes de justicia igualmente y de reconocimiento de parte de los obreros. Me perdonaréis, cristianos, haberos recordado á todos vuestros deberes en esta circunstancia. Por de pronto, el mio es precisamente de recordaros los vuestros. Y despues, debia haceros conocer cómo podréis concurrir todos asegurar el efecto de la ceremonia que vámos á ejecutar. Mi tarea está terminada: á vosotros corresponde cumplir con la vuestra. Para lograrlo vosotros véis que basta escuchar á la Iglesia ¹, — esta tierna ma-

el amor al trabajo, la moderacion de los deséos, la paciencia en las pruebas y el respeto á la autoridad. (Mgr. Plantier, loc. cit.)

1. Se me há pedido recordaros lo que la Iglesia catolica há hecho nada más que en Lieja, por los obreros. Quiero mejor referiros sencillamente una historia, de hace tres semanas, el paseo de uno de vosotros. Se llamaba..... lo llamarémos Pedro, obrero mecanico, sosteniendo con su jornal una familia de cinco hijos, no careciendo de instruccion, cristiano solido, como lo somos todos, marido de una mujer todavia más cristiana: nuestras mujeres de Lieja. — debemos decirlo con orgullo, — valen generalmente más que nosotros! (Bravos).

En ése día, era el 14 de Agosto de 1890, la vispera de la Asuncion, Pedro habia entrado en su casa con bastante mal humor; perdía medio jornal, á causa de que se limpiaba las maquinas en casa del patron; el mal humor del marido habia contaminado á su mujer, Lisa; de esta á los hijos: las pequeñitas lloraban en un rincon por un pescozon que la madre les habia dado, porque habian réñido y se disputaban una pierna de madera, restos de una moña; el hijo mayor refunfuñaba en otro rincon, en donde su padre lo tenia castigado hasta aprender su catécismo.

dre que os hace tanto bien, — es decir, observar las leyes divinas y vivir como buenos cristianos. Allí, en efecto, está la solución de

El hombre, para distraerse, se había puesto á leer, yo no sé que periodiquillo socialista, en el cuál se le aseguraba que debía reconocerse como la más miserable de las criaturas y que la culpable era la Iglesia: « *A cada paso, léiase en él, se encuentra la prueba de que esta Iglesia no hace nada por los obreros!* »

« *A cada paso!* Toma, voy á ver esto », se dijo Pedro. Y salió murmurando, sin decir siquiera hasta luego á su mujer ni á sus hijos.

Al bajar, se cruzó en la escalera con un visitador de San Vicente de Paul, que iba á llevar su socorro semanal y sus estímulos á una pobre viuda, que ocupa una bohardilla, encima de la habitación de Pedro!

Para la ciudad de Lieja, son trescientos los católicos que, bajo la sola inspiración de la caridad cristiana, van de este modo á distribuir á los desgraciados mil quinientas pesetas de su dinero (Aplausos) y toda clase de socorros.

A la salida de casa, otro encuentro tuvo Pedro; un hombre de mediana edad y un estudiante:

— A su casa vámos, Señor Pedro.

— Allí está la madre, Señor Baron, dijo Pedro esquivándose. — Y dejó pasar á los dos señores, dos individuos del patronato que llevaban á su casa la nota mensual del muchacho. Son sesenta ó setenta los que lo componen, profesores ó alumnos de la Universidad, abogados, doctores, ingenieros y comerciantes, que cada domingo, en Lieja, y durante muchas noches de la semana, se dedican á instruir y distraer honrada, fraternal y utilmente, á más de mil doscientos de vuestros muchachos, (Aplausos), mientras que, por otra parte, las hijas de nobles y personas ricas, asociadas á religiosas, hacen otro tanto con mil quinientas de vuestras hijas! — San Vicente de Paul, patronatos, seguramente no es eso para demostrar que la Iglesia no hace nada por los obreros. (Aplausos.)

Siempre más dispuesto, Pedro había llegado delante de la iglesia de Santiago: maquinalmente entró en ella. — « Qué lujo, qué gasto! » se dijo con un tono malhumorado. Y se puso á recorrer el templo casi desierto, estremecido á su pesar de la grandeza y de la elevación del monumento religioso. Las vidrieras del coro le detuvieron; ellas repre-

las cuestiones más complicadas, sociales y demás; allí está el remedio á todos los males, de las sociedades lo mismo que de los in-

sentan al lado del escudo de los príncipes-obispos y de los duques, los blasones de los XXXII oficios de la ciudad de Lieja: picos, sierras, martillos, todo el arsenal de vuestros útiles, amigos míos, resplandecen allí á la luz, alrededor del altar. (Aplausos).

« No hay más que en la iglesia que se haga este honor á nuestros útiles de trabajo, se dijo Pedro un poco tranquilo. No hay otras casas que nos estén siempre abiertas, á nosotros gentes del pueblo, cómo las de Dios.

« La Alcaldía? no se es allí recibido más que para anunciar sus muertos, y se está demasiado triste entonces para fijarse en nada — ó sus nacimientos, y sin tiempo para detenerse; — ó para casarse, y en ese día no se vé más que á la casada! (Risas).

« ¿ El palacio de la Diputación provincial? Porteros y empleados me detienen si quiero pasar el umbral. Por lo menos, las iglesias han sido hechas para Dios y para mí; quizás también más para mí que para Dios, porque él puede pasarse sin ellas, y soy yo quién más disfruto (de estas atrevidas columnas, de estas bellas bóvedas, de estos hermosos cuadros, de estas esculturas, de esta música, de todo lo que hay reunido de obras de arte, del perfume del incienso, de cánticos sagrados, de conmovedoras ceremonias. Preciso es convenir, que los palacios de la Iglesia son los únicos verdaderos palacios del pueblo! » Aplausos).

Pedro se detuvo en estas conversaciones; poco le faltó que no tropezó con dos Hermanos de la Doctrina Cristiana arrodillados detrás de una columna, y que descansaban en la oscuridad del templo, rezando fervientemente, después de un largo día de clases, instruyendo á los niños.

« Hé ahí hombres bien animosos, se dijo Pedro; yo abandono mi casa por no sufrir el ruido de mis cinco hijos, y ellos sobrellevan con gusto el de sesenta ó más niños durante todo el santo día: los educan, los instruyen, los disciplinan y mientras que después de algunos años los míos, más formales y habiendo crecido, podrán ayudarme, estos Hermanos de la Doctrina Cristiana volverán cada año á comenzar la misma tarea, hasta que les llegue la muerte, siempre cuidando, ins-